

PRÓLOGO

Galdós y Madrid en el centenario

Es un honor para mí que Fátima de la Fuente y Enrique Fernández Envid me hayan invitado a prologar su obra sobre el Madrid de Benito Pérez Galdós. También es un riesgo para ellos, pues no soy un especialista en la obra del escritor sino un simple y humilde lector desde mi más temprana adolescencia de los *Episodios nacionales*.

Sólo puedo contar que leí de cabo a rabo los *Episodios nacionales* durante un verano cuando tenía unos catorce años —creo—. Tengo muy presente la emoción que sentía cuando leí las primeras páginas de mi primer episodio, en el que hablaba de las partidas carlistas en Cataluña. También recuerdo cómo me relataba mi hermano su lectura de la batalla de Trafalgar. Podía ver lo que me estaban contando.

La lectura voraz de los *Episodios* se debía a que me había propuesto leerlos en los dos meses de vacaciones escolares y eso suponía muchas horas leyendo sin las debidas pausas. Pero no importa. Durante muchos años después todavía recordaba con frecuencia a Gabriel Araceli y su vida y peripecias en su Madrid de ascenso social.

Para muchos de nosotros que éramos adolescentes en los años sesenta del pasado siglo la mejor fuente de información —o una de las mejores— de la historia de España en el siglo XIX eran los *Episodios nacionales* de Benito Pérez Galdós. La historia del siglo XIX que se enseñaba en los colegios era breve, deleznable y rebosante de la ideología del régimen político imperante. A través de Galdós y gracias a él podías tener una posibilidad de ver la cosas de una manera más ajustada a la realidad histórica, cosa esta última que era posible, cuando lo era, cuando acudías a los hispanistas de turno y a algún que otro investigador español. Así que Pérez Galdós, aparte de otras e importantes creaciones y aportaciones, ha prestado un servicio patriótico a miles y miles de jóvenes españoles pésimamente educados en la historia de

España. Naturalmente, también a millones de españoles a lo largo de su rica y fecunda vida.

Fátima de la Fuente y Enrique Fernández Envid han relacionado magníficamente bien las distintas etapas de la vida de Galdós con los diferentes barrios donde moraba, hasta el triste momento final en que ciego y enfermo falleció el 4 de enero de 1920 en su casa de la calle Hilarión Eslava. Demuestran conocer muy bien la biografía y la obra del escritor y no menos bien la historia de las calles de la villa de Madrid, en las que Galdós desarrolló su ingente obra literaria.

Alguna vez oí decir a un importante historiador español que con Pérez Galdós la ciudad de Madrid entra como sujeto pleno en la historia de la literatura española. Con el libro de Fátima y Enrique el Madrid de Galdós se convierte para el lector en algo cálido y cercano.

Las Palmas de Gran Canaria, enero de 2020

Tomás VAN de WALLE SOTOMAYOR,
marqués de Guisla Ghiselin

Director de la Real Sociedad Económica de
Amigos del País de Gran Canaria

INTRODUCCIÓN:

Calentando motores...

Nos encontramos en 1862. En los últimos cien años Madrid ya ha sufrido los efectos de tres desamortizaciones: la de Godoy, de 1798; la de Mendizábal, de 1836, y la de Madoz, de 1855. Aún faltan treinta y ocho años para que acabe un siglo en el que, a su fin, se habrán sucedido ciento treinta gobiernos y decenas de regímenes provisionales, se habrán promulgado nueve constituciones, se habrá asistido a tres destronamientos, a cinco guerras civiles y a un número incalculable de revoluciones que podríamos redondear en dos mil. En resumen, a lo largo del siglo XIX, cada diecisiete días hubo un intento de derrocar al Gobierno.

Madrid, fotografiada por primera vez en 1839, hace lo que puede por convertirse en digna capital de un Estado liberal que aún se halla en construcción. Precisamente en su condición de capital, nuestra urbe es epicentro de las más importantes convulsiones políticas. Por entonces ya cuenta con Universidad Central, Congreso de los Diputados y Teatro Real. Se han remodelado la Puerta del Sol y el paseo de Recoletos. El abastecimiento de agua está asegurado gracias al canal de Isabel II. Pronto se plantarán árboles en la Castellana y aparecerán los primeros teléfonos. Aún tendrán que pasar seis largos años para que se derribe la cerca de Felipe IV, pese a que dicha demoli-

ción se había aprobado dos años antes con el Plan Castro; y veinte para que se instale el primer ascensor. Todavía están presentes la corrupción y el nepotismo, la insalubridad y la pobreza, el clasismo y la desigualdad social propias del Antiguo Régimen. Como novedad, una nueva y potente burguesía de negocios ha irrumpido con fuerza en escena. Y lo ha hecho con gran





© Colección Martín Carrasco

ansia por aparentar y por ascender en la escala social, para lo que trata de aproximarse a la antigua nobleza en su afán por conformar la clase alta. La economía de mercado se encuentra en proceso de implantación. Al calor de las innovaciones que este proceso conlleva, los hombres de negocios se hallan en estado de máxima expectación.

Un día de septiembre de 1862 un joven canario de diecinueve años llega a Madrid. Benito Pérez Galdós, que así se llama, se encuentra con una urbe inmersa en un momento crucial de su historia. Él aún no lo sabe, pero está a punto de convertirse en testigo de excepción de ese mundo en transformación.



© Colección Martín Carrasco

El Plan Castro

Uno de los asuntos a tratar con urgencia en aquel Madrid en construcción era el hacinamiento de su población, que vivía en medio de condiciones higiénicas deficientes. Ante tal panorama, las autoridades lo tienen claro: hay que hacer algo para aliviar ese amontonamiento, al mismo tiempo que se mejora la higiene capitalina. Si de paso pueden reducirse las revueltas populares que estallan, sobre todo, en calles estrechas, estupendo; y si además existe la posibilidad adicional de generar suelo urbano para nuevas industrias, mejor que mejor.

Todo eso pensó el Ministerio de Fomento de la época, que consideró útil, necesario y urgente poner en marcha un programa para lograrlo. Con tal fin se fijó en un arquitecto e ingeniero sevillano llamado Carlos María de Castro, a quien le encarga el diseño de un plan con el que conseguir todo lo expuesto. Así se pone en marcha el Plan Castro, que será aprobado en 1860. En él, el ingeniero hispalense no tiene dudas: lo primero que hay que hacer es derribar la cerca que Felipe IV mandó construir en 1625. Es muy urgente ensanchar Madrid si lo que se pretende es evitar el hacinamiento y los problemas que este acarrea.

Galdós, en su obra *Lo prohibido*, hace referencia a las reformas urbanísticas que se dan en aquel Madrid que habita:

Mira, chico, anoche me acosté pensando que era el alcalde de Madrid, no un alcaldillo de tres al cuarto, sino un auténtico Barón Haussmann. Me quité de cuentos. Madrid necesita grandes reformas. Como disponía de mucha guita, mandé abrir la Gran Vía de norte a sur, que está reclamando hace tiempo esta apelmazada Villa. ¿Ves lo que se ha hecho en la calle de Sevilla? Pues lo mismito se hizo en la calle del Príncipe, es decir, demolición completa de todo el lado de los pares. Después, rompimiento de la misma calle hasta la de Atocha... hasta la de la Magdalena... Siguieron luego los derribos; ¡qué nube de polvo...!, siete mil obreros... aire, luz, higiene... En fin, cuando me dormí, ya estaba abierta la magnífica vía de treinta metros de anchura desde la calle del Ave María hasta el Hospicio.

[...]

cuando en cualquier calle pasábamos por junto a una obra en que estuvieran subiendo un sillar, nos deteníamos y no abandonábamos el plantón hasta ver la piedra en su sitio. Don Serafín era inspector de

ANTES DE MADRID

Cómo fue la infancia canaria de Galdós

Benito María de los Dolores Pérez Galdós, que así fue como lo bautizaron, vio la luz en Las Palmas de Gran Canaria un 10 de mayo de 1843. Nació en la calle Cano, situada en el barrio de la Vegueta, que estaba repleto de iglesias, así como de presbíteros, encopetados militares de enhietos bigotazos, arcedianos y capellanes. Benito fue el menor de diez hermanos. Su padre, Sebastián Pérez, era teniente coronel del Ejército; su madre, Dolores Galdós, hija de un secretario de la Inquisición. Como podréis imaginar por el carácter conservador de sus progenitores, el pequeño recibió una educación muy estricta.

Don Sebastián Pérez había participado en un combate contra los franceses, durante la invasión napoleónica. Y Benito se acostumbró pronto a que le narraran aquel episodio en las tertulias domésticas. También tuvo un tío presbítero, que escribió una obra titulada *Viaje que hice desde Canarias con la Columna de Graneros que pasó a la Península cuando las guerras de los franceses*.



Casa natal de Galdós

